

“El Prestamista”: Madurez Teatral

por Sebastián Salazar Bondy

Parece llegada la hora en que el teatro latinoamericano sale de su período de aprendizaje —período de vacilación inevitable— e ingresa firmemente en un camino que es el del logro de su propio estilo. Hasta hace quince o veinte años era corriente oír decir que era imposible elaborar un repertorio de calidad estética y eficacia técnica con títulos pertenecientes a la literatura dramática de nuestro continente, y que en general las piezas que nuestros escritores componían carecían del mérito esencial que requiere un texto para el tablado. Ese mérito que se ha llamado, a falta de otro vocablo, teatralidad, cierta consistencia que hace posible que lo escrito se convierta en acción viva y presente. Abrumaban antaño las creaciones escénicas surgidas de la inspiración de los dramaturgos y comediógrafos de América Latina. Las palabras decorativas, el conceptismo doctrinario, el prurito trascendentalista, el amaneramiento en la forma y el fondo. Las generaciones de la última década han variado totalmente el panorama: continuando o completando la línea trazada por las pocas excepciones habidas en las promociones anteriores, los autores teatrales de hoy, si bien cada cual en diferente sentido, han encontrado al fin su verdadero modo de comunicación dramática. No una fórmula genérica —entiéndase—, sino un espíritu que, a la vez, es oficio y es expresión.

Y esto sucede, en diverso grado, en todos nuestros países. Aquí tenemos ahora un testimonio de lo que acontece en Chile, por ejemplo: “El Prestamista”, de Fernando Jousseau, que con tanto éxito —semejante al que tuviera en Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Asunción— viene dándose en “Entre Nous”. El dramaturgo no se

ha arredrado ante la dificultad que significa hacer un drama con un solo actor, pero su audacia no es, teatralmente hablando, irresponsable. Ha hecho la obra unipersonal y ha hecho de ella un drama en el sentido estricto del vocablo. Dos incentivos han operado en la creación: el dramático —mostrar una situación que se desenvuelve en acción— y el ex-



Jousseau

perimental. Gracias a este último, su pieza no sólo es interesante por el desenvolvimiento escénico de un hecho, sino también por la novedad de los recursos de que echa mano para mostrar la anécdota a los espectadores y conmovierlos. Jousseau es tanto producto de una madurez individual —la suya propia— cuanto de una literatura que sobrepasa las preceptivas y se aventura más allá de sus aparentes limitaciones. Es preciso anotar que la obra no vale únicamente por su osadía técnica (la crítica pone demasiado énfasis en el aspecto experimental de “El Prestamista”, y ello oculta los valores estéticos que ella contiene), sino también por su ro-

tundidad dramática, tan emocionante y efectiva en su contenido.

La madurez de que hablamos —la madurez de un teatro— no se reduce a la creación literaria: atañe también a la actuación. Si los dramas y las comedias encuentran los intérpretes a su medida, el fruto es perfecto o casi perfecto. Es, en suma, integral. Jousseau ha hallado a Raúl Montenegro, lo que ha sido una fortuna. Tanta fortuna como la de Enrique Solari, cuya excelente “Collacocho” encontrara a Luis Alvarez. El teatro precisamente tiene este carácter de emanación cultural, de producto de un clima que ha llegado a su temperatura creadora en todos o en muchos de los que lo practican. Montenegro no se constringe a reconstruir un tipo descrito en un papel por un poeta. Lo crea, en verdad; le infunde su alma y su psicología; lo modela sobre su carne al punto de darle toda la realidad que le hace falta para que su parecer sea ser. Se ha dicho siempre que entre nosotros no habrá teatro mientras autores e intérpretes no se unan en un punto que les es común, y desde ahí marchen juntos.

“El Prestamista” es el resultado de la sinceridad de Jousseau y Montenegro: ninguno de los dos ha querido otra cosa que hacer teatro con los materiales nobles con que los artistas deben trabajar. Ante la obra, hay mucho que discutir. El hecho de que suscite controversias —como con tantas piezas locales sucede— en torno a la visión de la vida y el hombre que propone, demuestra que la escena latinoamericana contemporánea entra en la etapa en que conforma el pensamiento de los pueblos. Vale decir, que toma el lugar de tribuna moral que le corresponde.